AÑO XLIII

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12564

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península 1 mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

SABADO 12 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Corbeto rue Lafayette 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Reparos y protestas

La candidatura de Romero Robledo para la presidencia de la Cámara ha producido en las filas del partido gobernante la semilla de la disidencia.

Está visto; donde quiera que se dirija el lugarteniente de Cánovas, consorte de López Domínguez, aspirante á la unión con Sagasta, galanteador de republicanos y enemigo tenaz y confesado del señor Silvela, se inicia mar de fondo.

Á la hora presente llegan las olas á las nubes.

Si se dirije la vista á los tiempos pasados, se comprenden el disgusto que siente la grey silvelista al pensar que tiene ser presidida por quien les obligó á la disidencia.

Lo ocurrido en los tiempos mencionados está fresco, parece que fue ayer. Un día, teniendo ya enfrente al hombre de la daga florentina, provocó el jefe indiscutible del partido una votacion del Parlamento; y aunque la ganó por pocos votos, no quiso venir de la misericordia del Sr. Silvela presentó la dimisión a la Regente, siendo reemplazado por Sagasta.

La amistad estaba rota; el partido liberal conservador estaba dividido y desde entonces quedó de un lado Don Antonio Cánovas con Romero Robledo y «La Epoca» y del otro Silvela con su fiel amigo Villaverde y el periódico «El Tiempo».

¡Qué campañas las del tal periódico! ¡Qué amarguras las de aquella falange, tratada desde entonces como odiado enemigo! Los liberales la desconocieron como disidencia que era; los conservadores ortodoxos, y especialmente el señor Romero, la combatieron con verdadera saña cuando volvieron al poder.

Sin embargo esperaron; sufrieron con paciencia la persecución en los distritos y al presentarse de nuevo en el Congreso se vieron reducidos á una insignificante minoría.

Cuando el criminal revólver de Angiolillo borró de la escena política la figura de Cánovas y á vuelta de unos cuantos ensayos apareció la Unión Conservadora y al frente de la misma el jefe de la pasada disidencia, declaróle guerra sin cuartel el diputado de Antequera. Fue entonces cuando por odio al nuevo jefe del partido galanteó á Sagasta; solicitó el apoyo de los republicanos para formar el partido más democrático de la monarquía; se puso al habla con López Domínguez, y en las Cortes, en los mitins, en las conferencias con los periodistas, aprovechó todas las ocasiones para combatir á los que un día fueron sus amigos.

Con tales precedentes ¿cuáles habrían de ser las consecuencias?

Las que ve todo el mundo; el movimiento de protesta en que se agitan los antiguos disidentes, los vencidos y perseguidos de ayer, los que para mantener su actitud y no anularse se refugiaron en «El Tiempo». Al escuchar que el señor Romero presidiría la Cámara, experimentaron sensacion de asombro. ¿Cómo podía ser eso? Imposible, tal candidatura era una burla.

Pero ha pasado el tiempo y persiste el rumor. Se interroga a Villaverde y calla. Se dirije la vista á Silvela interrogándole, y permanece mudo.

—Quien calla otorga han pensado los antiguos disidentes; y como que quien hace un cesto hace ciento, se aprestan á ser disidentes de nuevo, pero antes quieren recordar á sus jefes los motivos de su separacion de Cánovas y las amarguras á que los sometió el hoy candidato á la presidencia del Congreso.

Tal vez,—porque en política no hay nada lógico—el disgusto que hoy trabaja á la grey silvelista desaparezca por cualquier motivo; una reflexion, una orden, un consejo, pueden convertir en tranquilo lago lo que en este momento parece mar alborotada; pero suceda lo que suceda, albuen razón los silvelistas para poner reparos y levantar protestas.

TIJERETAZOS

Continúa la prensa relatando horrores de Turquía y reclamando de las potencias, que ni por lo de humanitarias ni por lo de cristianas quieren mover el dedo meñique para evitar que sean atormentados los misianos de Macedonia.

Ahora van las cosas á que tengan que intervenir los estados cristianos, cansados de mirar de brazos cruzados para no dejar mandamiento en vida, ni edificio en pié ni árbol con vida.

Mal papel juega Europa en esa horripilante tragedia, consintiendo en el conflagrante del sultán.

Y no vale hablar gordo, ni adoptar actitudes bizarras para infundir respeto, porque esas palabras y esas actitudes son baluartes del miedo y la cara al gran tinte.

Así se ríe él de las potencias y hace lo que las brutalidades que puede.

Y dirán los ingleses amosibles y los traficantes benéficos y los humanitarios alemanes:

Tenga usted ejércitos nutridos y escuadras poderosas que cuestan un sentido, para que no sirva de eso cualquier bachibanso.

Los que no se ríen son los cristianos.

Esos se indignan de ver á las potencias cruzadas de brazos y á los turcos con las escopetillas, en la una la tea y en la otra el puñal.

Los ensayos para la *reprise* del drama trágico de Servia, en el que fueron actores los reyes de aquel territorio, permiten creer que en breve se dará la segunda representación.

Aquello está que arde.

El protagonista lo hará el rey D. Pedro y anuncia retardar el momento de la representación no puede aplazarse esta indefinidamente.

Si es cierto que D. Pedro se metió en el lío que acabó con la vida de los reyes de Servia, bien lo está pagando.

El ministro de Obras públicas saldrá mañana para Fiage, á donde va á inaugurar el pantano de Quipar.

Hé ahí un ministro, que se va á hacer célebre por lo que se empantana.

Y luego dicen que, encontrándose uno en lugar cenagoso, no se va á parte alguna.

Que lo diga Gasset.

DIVAGACIONES

PRÓRROGA VERANIEGA

Hemos salido ya, casi casi, de los meses que, no tienen R, pero no por eso podemos librarnos de este temperatura ardiente, que quema el espíritu y aniquila la materia.

El mes de Septiembre, que da fin á las vacaciones escolares y hace pensar á los veraneantes en el regreso, se presenta, como suele decirse, de mano armada, conservando el calor canicular.

Los abanicos se mueven y los ventiladores se agitan ahora tan vertiginosamente como en la plenitud del estío, y las gentes volubles de suyo, empiezan á aburrirse ya de este calor tan prolongado.

Hasta los poetas, que cantan la brisa suave y juguetona, están medio desmayados y sin ánimo para nada, y menos para pulsar la lira, y sudan la gota suspirando por una revolución meteorológica.

Pero la revolución sublime la sorda y deja en el mayor abandono á esos soñadores, poco sufridos y demasiado sensibles, que necesitan siempre, para cambiar de postura, que se conmueva hasta las últimas capas atmosféricas.

¡Las últimas capas! ¿Quién piensa ahora en las últimas ni en las primeras? En el fondo de los guardarropas, yacen esas infelices prendas esperando que esto cambie.

Y... ¡ya baja, y estaba en la cuesta! Cuando el termómetro se digne escuchar las monótonas lamentaciones de los poetas estivales, las capas «ésas» estarán apolilladas, llenas una quilla como la famosa del estudiante, llena de agujeros y que según el clásico... «tan solo porque se ve,—se la conoce que es capa».

Ello es que no hay medio de escapar á estas temperaturas exageradas. La salud se resiente, los campos embisten, los bríos parecen camaleónicos, los ríos se secan. No llueve y el agua comienza á ser artículo de lujo.

Muchos veraneantes de esos que todo lo ajustan á peso y medida, y que habían previamente organizado un plan sobre la base de las lluvias, están mal humorados con este «plantón», viene á perturbar sus estudios.

El pretexto de que ya va el tiempo regresando para volver al nido invernal ha fallado por esta vez y hay que prolongar el veraneo á cantar la palinodia confesando francamente, que en este mundo traidor—nada es verdad ni mentira—todo es, según el color—del cristal con que se mira.

Los que parecían potentados, son unos infelices busca vidas que necesitan volver al nuevo, del que momentáneamente se habían «emancipado». La campanilla «del deber» les repica incesantemente, y terminada la licencia reglamentaria y la prórroga «de cajón» es menester reanudar las mortificaciones, los sacrificios, los trabajos á que la curiosidad de la primera mujer ha condenado á los desheredados de la fortuna.

Preciso es ganar el pan con el sudor «de su rostro» y esto del sudor está muy en carácter ahora; solamente que muchos ganan su pan cotidiano con el sudor ajeno y eso es lo más sensible; porque es malo tirar con trabajo de este miserable carro de la

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.ª

—Basta,—repuso Minart,—guárdate tus sermones, ó tendrás algo que sentir en el forro de la camisa,—y agitó el palo que traía en la mano, movimiento que arrancó a su mujer una mirada de miedo y de odio.

—Sí, sí,—respondió,—San Pedro no gusta oir el canto del gallo.

—¿Acabarás?—dijo su marido.

—He concluido,—dijo la mujer; y por fortuna, un dia seremos separados los unos y los otros.

—¿No callarás?

—¡Viejo asesino!—murmuró Francisca.

No habia acabado de decir esta palabra, cuando el garrote de su marido cayó sobre ella y se volvió á levantar; yo quise contenerle, pero Claudio, á quien el vino trastornaba, corría detrás de su mujer, diciendo que estaba ya cansado de sufrirla, y que preferia ser viudo. Por fortuna, mi padre, á quien el ruido despertó, se levantó y me ayudó á sujetarle, terminando así aquella edificante querella matrimonial.

IV

Este viaje de mi tio Minart me dejó profundos recuerdos, inaugurando, por decirlo así una nueva era en mi vida. Desde aquel momento hice pasar á la práctica lo que no comprendía más que en teoría; hasta entonces habia tenido sistemas, desde entonces tuve vicios. Figel, que parecía tener un interés en perderme, me asociaba á todos sus desórdenes, interesando en ellos mi orgullo.

Como he dicho desde el principio, el deseo de distinguirme era mi peligrosa debilidad; y como hubiera querido ser el primero en el bien lo fui en el mal. Mucho tenía que hacer para distinguirme en aquel círculo en que yo vivía y del cual quería merecer las alabanzas, la estimación, y cuando oía decir á todos mis perversos compañeros: «Se va formando... es muy lejos... no... quiere... de nosotros.» En vez de avergonzarme me llenaba de orgullo.

Os he hablado de una joven que se llamaba Rosalía, que vivía con Figel; aquellos amores duraron tres años; Figel, á quien ya cansaban los encantos de la joven, había querido terminar aquel compromiso;

más duro é insociable con la joven á fin de dejarme el papel de ángel consolador. Nuestra comedia marchaba á las mil maravillas, y Rosalía, ignorante y sin desconfianza, recibía mis atenciones con placer, tratándome con una familiaridad que confirmaba las sospechas de Figel: este que lo sabía todo además por mí, me aconsejó un desenlace y hasta él mismo proporcionó la ocasión.

Era una tarde del mes de agosto; el aire tibio y embalsamado por las macetas que adornaban la ventana, penetraba en la habitación de Rosalía, en la que Figel había pasado el día atormentando á la joven cuando pudo, y nos dejó por fin diciendo que volvería muy tarde.

Rosalía, medio envuelta en un peinador, estaba reclinada en un sofá, y paseaba su vista distraída por los objetos que decoraban la estancia.

Fui á sentarme á su lado, tomé una de sus manos que ella no retiró, y sin saber yo por donde comenzar, tomé la palabra por una acusación contra el mal carácter de Figel, compadeciendo la suerte de Rosalía.

—Ha cambiado mucho,—dijo la joven suspirando, no como si me contestara á mí, sino á su propio pensamiento.

—Debía imitarle, exclamé yo.

—¿Cambiando de carácter?